

No se dio por vencida

Perla Ordóñez Ortega

Después de dar a luz a mi abuelita, mi bisabuela tuvo una desdicha que la dejó paralítica e incapaz de cuidarse a sí misma. A la edad de ocho años, María Atocha, mi abuela, tuvo que madurar en un instante, y siendo hija única, la responsabilidad de cuidar a su madre estaba en sus manos. Mientras mi abuela cuidaba a su madre que estaba muy grave, mi tatarabuela trabajaba con resentimiento para mantenerlas. “Yo nunca pude tener un puericia” mi abuela cuenta. Mi abuelita cedió su niñez, miraba a los niños jugar afuera; ella estaba encarcelada dentro de su casa.

Al contarme su pasado, mi abuela se atragantaba al hablar de lo que tuvo que pasar cuando crecía. Me dijo: “sabe, Perlita, mis tías me hacían levantar a las cinco de la mañana cada día para poder poner agua a hervir para el café, y si no me levantaba, con un palo me picaban o me empezaban a golpear”. Una vez recuerda que le decían que era una bastarda porque su padre nunca estuvo presente en su vida y de mala gente que eran sus tías le quemaron las manos con una plancha. Con el tiempo la internaron en un colegio de monjas donde la educaron para vivir una vida moral. Terminó sus estudios en el colegio religioso donde su abuela la había dejado.

En una quinceañera en 1968, encontró al hombre con quien pasaría el resto de su vida. “Samuel Ordóñez, un bracero, me robó mi corazón,” dice mi abuelita con mucha emoción. “Sólo tenía veintiún año y supe que él iba ser mi único y yo la de él.” A los dos años se casaron, y María Atocha se tuvo que mudar de Álvaro Obregón hasta Anáhuac. El matrimonio tenía varias ventajas y desventajas, como cualquier otra relación. Pero mi abuela que siempre tuvo que ser muy trabajadora de niña supo que esos días no tendrían fin. Había tiempos en que se le hacía muy difícil porque mi abuelo era de rancho y tenía muchos animales y ella le ayudaba con el trabajo laboral. “A mí me tocaba siempre ordeñar las vacas mientras tu abuelito iba y hacía el trabajo más pesado. Entre los años empezamos a expandir nuestra familia con tener hijos” cuenta mi abuelita con alegría.

“Tuvimos seis hijos” dice mi abuela. Había tenido siete pero el bebé se le vino y causó un aborto involuntario. La bebe hubiera sido la segunda mayor. La más bella parte de toda su vida fue tener todos sus hijos porque ella fue hija única y multiplicó su familia. Mi abuelita de ocurrenente que es, me dice: “en esos tiempos no teníamos ni tele ni prevención, y es por eso que tu abuelo y yo tuvimos tantos hijos.” Cuando todos los chamacos crecieron emigraron para los Estados Unidos. Cuando María Atocha vio que no iba a poder ver a sus hijos constantemente decidió pedir una visa turística para entrar a los Estados Unidos para estar con sus hijos y sus trece nietos. “Yo adoro a todos mis hijos y nietos porque ustedes se merecen todo el amor que yo nunca recibí.”

Ella toca los corazones de muchos porque es una mujer dulce y amorosa que ha llegado a ser una gran persona por tantos obstáculos que enfrentó en la vida. Aunque su salud no sea la mejor, ella de sesenta y cinco años está físicamente acabada pero no se rinde y sigue luchando en la vida. Mientras que esté en este mundo no se dará por vencida.